

esfuerzo proporcional. De la riqueza puedo decir lo que decía de la cultura intelectual: el esplendor en la cúspide y la sombra en la base, la opulencia arriba y la miseria abajo, pueden dar brillo aparente á las sociedades, poderío exterior á una nación prestigiada por sus relaciones mercantiles; pero no expresan equidad ni una fuerza propia é interna en las sociedades. — Organizaciones económicas que aglomeran los capitales en las manos de un señorío sórdido opresor del pobre, del dependiente y del obrero, llevan en su seno principios mortíferos, el germen de las reacciones en que sucumben juntos la riqueza mal repartida y la paz y el decoro de las naciones. Vosotros conocéis sin duda, señores, las tentativas del socialismo y del comunismo hechas en los tiempos modernos por medio de la propaganda ó de la revolución. Esas quimeras han tenido apóstoles al lado de todas las formas políticas y económicas de todos los siglos: desde los tiempos bárbaros y feudalizados: junto al feudalismo, junto al capitalismo, junto a las ciudades marítimas, junto á la industria, en nombre de la teología, en nombre de la moral, en todos los terrenos, por fin, han llenado en brecha el principio de la propiedad. De la teoría se ha pasado á veces á la acción; y bastaría recordaros la sociedad internacional cuyos secuaces acaban de escandalizar al mundo durante el segundo sitio de París para poner de relieve los enormes peligros que entrañan esos desórdenes del pensamiento y esa efervescencia

de las pasiones. Deteneos, no obstante, é interrogando los hechos, indagad si unos y otros no tienen su raíz en la distribución de la riqueza y el régimen del trabajo. Esa filiación es clarísima para mí; y por lo mismo admiro la sensatez con que estadistas y grandes industriales de Inglaterra procuran conjurar el peligro eliminando su causa: no por medio de la violencia sino por medio de la reforma; y la Inglaterra se salvará como se salvó hace treinta años oyendo la palabra honesta y calorosa de Cobden. Todos los hombres no pueden ser ricos en el sentido vulgar de la palabra, pero sí pueden serlo todos ó casi todos en su sentido científico; porque el trabajo bien organizado debe suministrar medios de satisfacción para las necesidades de la vida proporcionados al esfuerzo de cada cual, y el equilibrio entre las satisfacciones moderadas por hábitos austeros y sencillos y los esfuerzos disminuídos por el respeto común á la dignidad y al derecho de los hombres, es lo que constituye la riqueza,—aquella suma de bienestar general que armoniza todas las clases y robustece las sociedades.

No son otras, señores, ni las formas de la vida social ni las condiciones de incremento en que se resuelve y realiza su ley de progreso.

Una vez establecida la teoría correspondía traerla al terreno de la aplicación; y aquí nos vemos obligados nuevamente á llenar una laguna del *Dogma*.

Cada sociedad tiene una complexión original

que la distingue de las demás, como cada individuo, aunque dotado de un organismo igual á todos los de su especie, tiene su temperamento, su idiosincracia y su génio.—La inteligencia de los medios aplicables á su desenvolvimiento varía en cada cual en la misma medida en que varían las tendencias nacidas de su principio orgánico.—No marcha por la misma senda ni en rumbo igual una sociedad estribada sobre las bases de la propiedad y el derecho individual, como los Estados Unidos,—que una sociedad estribada sobre el comunismo y la omnipotencia colectiva como las Misiones jesuíticas del Paraguay. La primera tiende á emancipar los individuos, la segunda á acrecentar indefinidamente la soberanía á expensas de la personalidad.—Tal resorte peligroso bajo un gobierno autocrático, es indispensable en un gobierno limitado, y viceversa.—La libertad tiende á convertir todo privilegio en derecho al paso que bajo el contagio aristocrático, toda función degenera en privilegio, y los despotismos se cambian de políticos en sociales y de sociales en políticos, por la forma que el movimiento general de la vida imprime á las fuerzas preponderantes, llámense nobleza, curialismo, milicia ó manufactura.

Guárdeme Dios, señores, de colocarme en el árido punto de vista de una indiferencia radical sobre cuestiones tan hondas.—Establezco los hechos que ilustran el problema circunstancial de cada país en la región positiva; y añado desde

luego para acercarme á conclusiones prácticas, que el ideal de progreso del nuestro,—tal cual lo revela desde sus primeros síntomas de vida,—fluye de su carácter eminente, exclusivamente igualitario y democrático. Equivale á decir que para la República Argentina, el progreso se concentra en dos fórmulas convertibles: encaminar la inteligencia, las costumbres y la riqueza á consolidar la libertad: apoyarse en la libertad para levantar la inteligencia, las costumbres y la riqueza.

Procuraré ser breve al explicarme.

Si bien es verdad que la función política de la inmensa mayoría se reduce al derecho electoral,—no es menos cierto que, puesto en manos de muchedumbres mal preparadas para usarle concienzudamente, es una arma de dos puntas: con la una hieren los intereses de la civilización,—con la otra se hieren en el medio del pecho; porque de las abdicaciones provocadas por desaliento ó fascinación nacen las tiranías personales ú oligárquicas que arrasan cuanto se opone á sus caprichos por santo y legítimo que sea. No es, además, tan estrecho el círculo en que la generalidad se mueve en materias administrativas y civiles. La vida municipal requiere un concurso asiduo y discreto de todos los miembros de la comunidad, sin el cual la libertad termina donde termina la prerrogativa política del pueblo, tomado en sus elementos más vulgares.—Todos los derechos requieren defensa y uso,—y no subsisten sino donde hay inteli-

gencia para ejercitarles dentro de sus órbitas y encastillarles dentro de sus garantías. Por otra parte, la democracia no es la forma de gobierno sobreexcelente, sino porque ninguna otra asegura tan sólidamente la libertad; pero para que sea realmente libre necesita reservar la soberanía á la razón popular y conferir la autoridad á los mejores entre el pueblo. De aquí la importancia de la función electoral y la necesidad de cultivar los espíritus superiores en la alta disciplina científica; de criar, á la vez que los focos que iluminan las inteligencias ordinarias, aquellos más intensos en que se retempla la mente de los favorecidos, entre los cuales debe buscar la sociedad sus conductores si no quiere perderse retrogradando,

Pero si la ilustración favorece la libertad, también es la libertad la única palanca que puede remover el peso de la ignorancia.

La educación del pueblo debe ser hecha por el pueblo. En otros términos,—como educar es una función primitivamente doméstica,—el régimen de la educación popular no debe partir del Estado, sino de la unión solidaria de los padres de familia protegida por la ley y constituida con carácter público en virtud de los intereses comunes que se asocian con los intereses privados respecto de la educación de los niños. No están las tres cuartas partes de los argentinos en un estado vecino á la barbarie, prontos para todos los desórdenes é inhábiles para la práctica regular de sus derechos civiles y polí-

ticos, sino porque,—atolondrados con el estrépito de la revolución y corrompidos por malas máximas,—nos hemos afanado en reprimir todos los movimientos de la acción popular en la simetría de un centralismo enervante. La educación popular requiere un gobierno propio constituido por centros autonómicos coordinados en una unidad libre y legal que armonice el sistema é iguale el nivel de la enseñanza primaria, adaptándola á la naturaleza política del país y á su índole industrial y mercantil.

El mismo principio debe imperar en la organización de la enseñanza superior y universitaria, en las cuales se abre arena más espaciosa á todas las libertades de los individuos y de las corporaciones. El monopolio ó el privilegio de los institutos oficiales desalojan del teatro de la labor fuerzas civilizadoras, porque ninguna acción es estéril cuando tiende á iluminar la mente y poner en labios de hombre la palabra del enigma, el cántico del que penetra en los misterios del cielo y de la tierra.

Además, señores, la democracia es más degenerable que cualquier otra forma de gobierno, si el principio moral no impera tan rígidamente que aniquile todos los vicios inherentes á cada forma de gobierno. La democracia requiere la manifestación de todas las fuerzas y de todos los intereses legítimos y de todas las opiniones. Una legislación excesivamente reglamentaria deprime la libertad, pero como toda acción necesita freno,—la igualdad debe hacer en la

democracia el papel que hace la ley en los gobiernos despóticos. La sociedad humana oscila constantemente entre una y otra presión. Considerad también que la democracia es un desenvolvimiento armonioso de los tipos sociales primitivos, que se perturba cuando éstos se corrompen ó se trastornan, y que por consecuencia, debe buscar su base en la ley suprema del domesticismo, que es la moralidad.

Fomentando la moral, se consolida, pues, la libertad; y he añadido que debe ser fomentada en virtud de la libertad misma. La libertad religiosa es su primera condición. La entiendo contenida dentro del cuadro de los derechos sociales y de los principios cristianos que son el núcleo de la civilización moderna; y aceptándola sin restricciones ni inquietudes, menosprecio las libertades bastardas que tienden á reemplazar la fe de los pueblos con un fanatismo negativo, ó que introducen, á la sombra del derecho, doctrinas y costumbres que la destruyen.

Las buenas prácticas políticas son el segundo medio de fomentarla. La libertad educa, como decía Channing.—Por eso la clase pensadora y gobernante de una sociedad republicana debe adelantarse, en la organización de las instituciones políticas á la capacidad actual del pueblo, á fin de levantarla por el ejercicio de derechos, cuyo mérito se aprecia en vista de sus resultados.—Hé aquí una máxima harto delicada, pero cuyos peligros no es difícil conjurar, si el legislador es bastante prudente y calcula

en qué grado pueden exceder las instituciones á las costumbres, de tal manera que no pierdan su fuerza de atracción, y elevando éstas, generen simultánea y recíprocamente la civilización por medio de la libertad y la libertad por medio de la civilización.

Puedo, por último tomar como punto de partida que la riqueza general favorece singularmente las libertades políticas. Las repúblicas antiguas eran la unión de una nación soberana con una nación esclava; los desheredados de la propiedad obedecían, los ricos imperaban. Abrogada la esclavitud, el derecho político se extiende á medida que se extiende la independencia individual nacida de los hechos económicos. Las monarquías templadas de la Edad Media se asemejaban á las repúblicas griegas; y al convertirse en gobiernos representativos han ensanchado el círculo del derecho político siguiendo todas las inflexiones de la riqueza que ha sido el fundamento de las franquicias municipales. Vosotros conocéis bastante la historia para hallar la explicación de este fenómeno, que está, á juicio mío, en una convicción instintiva de que la miseria debilita la fiereza requerida para proceder con independencia en la vida política. Los Estados Unidos de Norteamérica han participado de esta idea, y para aplicarla sin menoscabar la igualdad ni pervertir sus principios de gobierno, han buscado en leyes tan fecundas y generosas como la llamada *ley del hogar* un medio de facilitar á todos los

hombres á quienes su clima, su libertad y su prodigiosa industria llaman á establecerse en su seno, la adquisición de la independencia individual por el bienestar y la propiedad.

Garantizar este derecho á la vez que la libertad de industria y la libertad mercantil son recursos para incrementar la riqueza, que agotarían nuestro programa, si la sociabilidad argentina no revelara otro hecho y otro remedio, sobre los cuales debo llamar especialmente vuestra atención y que escaparon á los autores del *Dogma*.—«El mal de este país es el desierto», ha dicho un pensador argentino; y otro ha añadido: «en nuestra República poblar es gobernar».—Efectivamente, en el desierto se disemina la población argentina como una serie de tribus errantes y se apagan las antorchas de la civilización. Hace trescientos años que los conquistadores enfeudaron el territorio en las encomiendas, y que el fisco avaro, al destruirlas, se apropió el suelo y rehizo el desierto en que nuestros compatriotas vagan endureciéndose en el egoísmo, sin albergue para su familia, sin tumba para sus huesos. Distribuir la propiedad territorial, haciéndola accesible en cuanto depende de la ley, excepcionalmente poderosa aquí por la extensión de la propiedad pública,—es pues, la manera de extirpar la herencia de la economía colonial y redimir las masas agresivas domesticándolas en el hogar que no tienen, dignificándolas con los derechos y el bienestar que reclaman á nombre de la libertad de todos,

que ellas adquirieron con su inmoliación heroica en las batallas, y que contemplan de lejos y envidiosas después de la victoria. Y algo más: condensar y modificar la población por medio de la inmigración extranjera, acogida en perfecta igualdad de derechos con los naturales, bajo las hermosas y solemnes garantías envueltas en el principio democrático.

Veo, señores, en las ideas que acabo de exponer las determinaciones concretas de la ley del progreso en la sociedad, y especialmente en nuestra sociedad democrática. El *Dogma* se limitó á exponerla axiomáticamente, y habiendo explicado mal,—como lo demostré en mi lectura anterior, el origen y la naturaleza de la sociedad,—erró también al explicarla bajo este punto de vista. No la individualiza, no desentraña sus caracteres ni sus formas locales, y la resuelve en una máxima vaga: «la inoculación en América del espíritu científico europeo». La llamo vaga porque no es comprensiva del progreso, sino de una faz de la civilización. La libertad, antes que una *ciencia* es un sentimiento, un hecho y un producto del orden social. Por otra parte, quebranta la regla de su método, puesto que desdeña lo experimental y se refugia en una abstracción.—A pesar de todo, hay en este fragmento el soplo varonil que animaba el símbolo y los creyentes: valerosos estímulos á la lucha y á la labor dignos de la fuerte generación cuyo espíritu refleja: algo del coraje del poeta que al poner la mano sobre su pecho sentía el

ritmo del corazón como el redoble de un oculto tambor que nos guía y nos retempla en las batallas de la vida. Su divisa es la consigna de los pueblos libres y de las almas ardientes.

Un elocuente escritor, — con cuyas ideas difiero, por lo demás, — lo ha dicho en una hermosa comparación que me permitiréis reproducir para terminar. « Después de la batalla de Alma se vió un extraño espectáculo. Un soldado inglés de talla homérica yacía en la llanura, vuelto el rostro al cielo, abierto el ojo y fija la pupila como si midiera con la vista un enemigo en el espacio. — Sin embargo, estaba muerto. Pero al agonizar, cuando aún palpitaba sobre la yerba, un buitre revoloteaba encima de su cabeza para devorar sus carnes tibias todavía. El herido había visto, á través del velo de la agonía, flotar como un velo más la sombra fúnebre del ala de su último enemigo; y con supremo esfuerzo había cogido el buitre por el cuello y le había estrangulado antes de dar el último suspiro. Después de muerto, le apretaba aún con una mano eternamente contraída y ambos reposaban juntos. Obremos como el soldado!»

Es decir, señores: luchemos contra toda adversidad obedeciendo la ley del progreso sin fatiga y sin reposo. — Dios nos ha dado la vida para el trabajo, y la tumba para el descanso.

## LECTURA V

*Fraternidad, Igualdad, Libertad. — Dios, centro y periferia de nuestra creencia religiosa: el cristianismo, su ley.*

SEÑORES:

Las palabras simbólicas de la Asociación «Mayo» que voy á estudiar forman un solo cuerpo de doctrina. Prevenios contra una falsa alarma. — Por lo mismo que la charlatanería y el crimen desprestigian las divisas que explotan, restablecerlas, rectificando su sentido, es obra útil y valiente si encierran verdades capaces de salvar los pueblos; y sea éste el primer homenaje que tributo á los nobles pensadores que procuraron disipar la nube de sangre que envolvía esta hermosa fórmula y levantarla de la vulgaridad en que la han hundido los declamadores de plazoleta. ¡Libertad, igualdad, fraternidad! era el grito del guillotinator francés: es el estribillo de los pseudo políticos, el lugar retórico de todos los farsantes. Sin embargo, esas palabras expresan el ideal culminante de la civilización y los caminos de redención para los pueblos